

# Sobre la revista *Lateral*

Robert Juan-Cantavella

*Un testimonio de primera mano sobre una emblemática revista catalana publicada entre 1994 y 2006, y sobre su fundador, Mihály Dés, quien supo reconocer antes que muchos a escritores entonces desconocidos como Roberto Bolaño, Imre Kertész y Elfriede Jelinek.*

Hablar de la revista de cultura *Lateral* es hablar de Mihály Dés (Budapest, 1950-Barcelona, 2017), un húngaro inquieto que apareció a mediados de los años ochenta en Barcelona para pasar muy pronto a formar parte de su entramado cultural. Por aquel entonces andaba por los treinta y pocos. Poco antes de partir de su ciudad natal había iniciado lo que iba a ser una fugaz carrera como actor. Cualquiera que tenga en mente al hombre del que hablamos recordará su porte de galán, al que se agarró para protagonizar películas como *El documentador*, de István Dárdai y Györgyi Szalai, *La cáscara del plátano*, de Péter Bacsó o *Libros nuevos*, de Ildikó Enyedi. Pero no duró mucho el idilio cinematográfico pues, a pesar del éxito, un viaje a Cuba iba a ponerlo en contacto con la poesía del lugar para obrar uno de los muchos giros de su vida. De su estancia en la isla (a la que llegó como una de las muestras de fraternidad mutuas entre estados comunistas) surgió con el tiempo la antología *Noche insular* (Lumen, 1993), y de forma más inmediata, una fascinación por la literatura en castellano que habría de hacer sonrojar, o cuanto menos sorprenderse, a muchos de los que más tarde serían sus colegas en el territorio de las letras hispanas.

Porque ése fue el mundo en que aterrizó en Barcelona. Antes de fundar *Lateral*, Mihály Dés trabajó como jefe de redacción en la revista de literatura *Qui-*

*mera* (una de las pocas revistas independientes que lograron sobrevivir a aquella época, y que hace muy poco sacaba a la calle su número 400 como publicación mensual), y poco después como director del suplemento de libros del diario *El Observador*. Mientras tanto, también había hecho de lector para la agencia literaria Carmen Balcells, y traducido al húngaro a autores como García Márquez, Cabrera Infante, Cortázar, Benét, Carpentier, Borges o Piñera. Pero fue en esas dos publicaciones donde empezó a gestarse el proyecto de *Lateral*, reuniendo un equipo del que formaron parte gente como el cronista y ensayista Guillem Martínez, el editor Claudio López de Lamadrid o el crítico literario Ignacio Echevarría. De hecho, parece ser que fue Echevarría quien, tras la desaparición de *El Observador* y la decisión conjunta de crear una revista nueva, apareció un buen día con una propuesta para ponerle nombre. Se trataba de un breve fragmento de *El suplicio de las moscas*, de Elias Canetti: “A medida que crece, el saber cambia de forma. No hay uniformidad en el verdadero saber. Todos los auténticos saltos se realizan lateralmente, como los saltos del caballo en el ajedrez. Lo que se desarrolla en línea recta y es perceptible resulta irrelevante. Lo decisivo es el saber torcido, y sobre todo, lateral”. En la última entrevista que concedió Mihály —en la revista *Jot Down* al escritor Jorge Carrión (una de las muchas “criaturas latera-



Mihály Dés

les”) —, él recordaba otra de las opciones que barajaron: *Revista de Accidentes*, propuesta por Guillem Martínez. Vista la historia de la revista, tampoco hubiese sido una opción desacertada.

Pero no fue esa la escogida, sino *Lateral. Revista de cultura*, cabecera con la que echó a andar el proyecto en 1994 con un número dedicado a la literatura y el espionaje que contó con textos de Javier Marías, Constantino Bértolo, Juan Villoro, Guillermo Cabrera Infante o Jonio González. El primer jefe de redacción fue Santiago del Rey (luego vendrían otros como el histórico Jorge Zentner, Chefi Viejo, Juan Trejo o Leonardo Valencia), y en ese incipiente consejo de redacción, aparte de los aludidos antes, lo acompañaban Miguel Morey, Juan Carvajal Franklin, David Sanmiguel y Anna M. Gil, que iniciaba de este modo un apostolado mensual en las páginas de la revista iluminando lo más interesante de la literatura catalana.

Hay varios elementos de aquel primer número que sirven muy bien para reflejar algunos de los objetivos que desde muy pronto se marcó la revista. Uno es precisamente ése, la presencia discreta pero sólida y constante del interés por la cultura y la literatura catalanas. Mihály Dés era húngaro, se había apasionado por la literatura española en América, y trabajaba en Cataluña. Este trípode —conceptual, además de geográfico— sirvió de base para establecer la pluralidad como punto de partida irrenunciable, en una voluntad de ejercer de puente, tanto transpirenaico como

transatlántico. Otro de ellos es que, aunque con alguna excepción, *Lateral* no quiso nunca ser una revista de *dossiers* temáticos. La literatura y el espionaje ejercieron de núcleo en su primer número, cierto, pero sólo de núcleo. Mihály quería que la revista fuese un organismo vivo, contaminado constantemente por la realidad que acontecía más allá de los ventanales de aquella redacción en el Paseo de San Juan de Barcelona. La filosofía, la poesía, la política, el arte, la actualidad literaria, el cine, la ilustración, la ficción y, muy especialmente, la crónica de ambición literaria, tuvieron un papel muy relevante desde el principio y siempre de una vez: todo en el mismo número. Y un último de estos elementos aglutinadores (por mentar sólo tres) fue precisamente ése: un interés destacado por los textos de no ficción, algo muy común en otros países, pero no tanto en España. Esta pasión llegó, a su vez, a través del puente transatlántico, como un dulce y fructífero contagio de la mano de los actores latinoamericanos de la revista.

Luego Mihály leyó las galeradas de *Llamadas telefónicas*, de Roberto Bolaño, y fue corriendo a buscar un teléfono para pedirle a Jorge Herralde el contacto de ese desconocido escritor chileno porque quería hacerle una entrevista. Luego le concedieron el Nobel a Imre Kertész, y se sucedieron las llamadas telefónicas a la redacción porque *Lateral* era uno de los únicos sitios donde había publicado en España el escritor húngaro. Luego le concedieron el Nobel a Elfriede Jelinek, y los teléfonos de la redacción no dejaban de

sonar porque *Lateral* era uno de los únicos sitios donde había publicado en España la escritora austríaca. Nombrar a todos los autores en los que se fijó el director de *Lateral* antes de que se convirtiesen en lo que habrían de ser resultaría demasiado largo.

Y así pasaron los años, concretamente doce, hasta la desaparición de *Lateral* en 2006. Unos años en que la redacción, aparte de desarrollar sus nobles labores periodísticas, se convirtió también en una suerte de embajada cultural internacional, y en una especie de universidad para jovencitos que de mayores querían ser artistas, poetas, novelistas. En el despacho de Mihály no era infrecuente encontrar a autores que pasaban por la ciudad procedentes de Europa (recuerdo por ejemplo los chistes del escritor serbio Igor Marojević), de América (recuerdo por ejemplo los chistes del escritor argentino Marcelo Birmajer), y que hacían un alto en el camino en un puerto amigo. En aquella época no había redes sociales, el contacto personal predominaba en relación entre los agentes culturales. Y *Lateral* fue uno de los nodos de una amplia —pero limitada— red global que aún no se codificaba con unos y ceros. El segundo ámbito, la universidad informal para jovencitos que querían dedicarse a escribir, fue la puerta por la que accedí yo al proyecto coincidiendo con el cambio de milenio. Y conmigo —unos antes, otros después, pero todos por la misma puerta—, gente como la directora de esta revista, la escritora Guadalupe Nettel, y una lista interminable que no puede aquí sino ser parcial, entre los que estarían Jorge Carrión, Eloy Fernández Porta, Rai Escalé, Gabi Wiener, Mathias Énard, Lluís Alabern, Juan Gabriel Vásquez, Pierre Marquès, Marta Rebón, Matías Néspolo, Use Lahoz o Jaime Rodríguez Z.

Resulta muy difícil explicar la sensación que experimenta un muchacho que se abisma en el mundo literario cuando lo recibe en su despacho el director de una revista con el prestigio de *Lateral* y se toma en serio sus cuitas, sus planes de futuro, sus textos, sus novelas todavía en ciernes. Y sin embargo, por lo menos a nivel personal, es lo que más le agradezco a Mihály, que se convirtió así en todo un maestro para nosotros. Los que, además de publicar en la revista, fuimos quedándonos cada vez más tiempo en la redacción, como haciéndonos los olvidadizos, para ver si se podía echar una mano en algo, y para convertirnos poco a poco en elementos integrantes de aquella sala de máquinas, aprendimos además el oficio de periodista sin hacer un solo examen pero teniendo entre nuestras manos, desde el primer momento y con una incidencia efectiva en el resultado, nada menos que una revista de verdad que se leía en varios países. Recuerdo con cariño y pena el día que llegaban los ejemplares impresos, la congoja, casi el terror, con que

comprobábamos si nos habíamos dejado un acento en un lugar relevante, el fresco entusiasmo al ponernos de inmediato con el siguiente número.

En *Lateral* las cosas siempre funcionaron un poco al revés. En su primer editorial, Mihály Dés ya nos prometió a todos —a los que estaban y a los que íbamos a llegar más tarde— no el éxito, no el triunfo, ni siquiera una de esas fórmulas retóricas según las cuales íbamos a convertirnos en vigías, en testigos privilegiados de nuestros tiempos para mejor contarlos, nada de eso; de la mano de Faulkner, Mihály auguró algo más elegante y mucho más complejo: un “brillante fracaso”. Y así fue, cumplió su palabra. Tal vez por eso, para seguir con una tradición ampliamente arraigada en la redacción, a finales del año pasado tuvo lugar en la Casa de América de Barcelona un acto de homenaje a la revista, una discreta fiesta que celebraba los diez años de su muerte. A él acudieron muchos de los colaboradores que, en distintos momentos de su historia, formaron parte del proyecto. Y, en la tribuna de oradores, brillante como siempre, estuvo también uno de los sospechosos habituales de *Lateral*, el escritor Juan Villoro. Este rodeo viene a cuento porque Villoro recordó aquellos tiempos con nostalgia, asegurando que ninguno de nosotros era consciente entonces, a tiempo real, de lo que estábamos haciendo. Al escucharlo busqué la mirada cómplice de mi amigo el poeta peruano Jaime Rodríguez Z. ¿Por qué? Porque, por una vez, habíamos pillado a Villoro en falso. Jaime y yo trabajamos juntos como redactores durante un buen tiempo y hasta la disolución del proyecto. Muchas veces, al terminar nuestra jornada, bajábamos a un bar infecto que ahora han convertido en cafetería de moda y nos tomábamos unas cervezas. Y no pocas de esas veces acabábamos diciéndonos, entre la celebración y la añoranza prematura, que nunca en nuestra vida volveríamos a tener un trabajo como aquél. No había un centavo en nuestros bolsillos, vivíamos de prestado. Pero aquel húngaro había puesto en nuestras manos nada menos que *Lateral*. Y así fue, Jaime y yo lo hemos comentado alguna otra vez, y no, cierto que nuestra nevera está ahora mejor abastecida, pero nunca hemos vuelto a vernos metidos en un proyecto como aquél. Ni lo veremos jamás.

Ahora, también Mihály Dés ha muerto. En los últimos años se convirtió en novelista. Regresó a Budapest a escribir, de nuevo, y tras muchos años, en su lengua materna. Su obra más importante, que espero sea pronto traducida y que en Hungría fue un éxito, se titula *Barroco de Budapest*. Su herencia tiene varias formas: su carrera como autor, su criatura *Lateral*, y la camada de jovencitos a los que obligó a tomarse en serio sus ilusiones. **U**